

Pastillas contra la tos

La vista de Johann Spurzeim era todavía fina y penetrante, porque luego que hubo pasado el dintel de la puerta exclamó:

—Las cartas están allí.

Y señaló el bufete sobre el cual las veía.

Tanto éste como la multitud de papeles que había en él, se hallaban exactamente en el mismo estado en que los dejó Johann. Si en la cabecera de la cama del jefe de policía no hubiese habido ese singular instrumento en forma de pabellón de marfil que se unía á un cordón hueco y flexible (la oreja de Dionisio de Siracusa), hubiera podido jurar que ninguna mano indiscreta había registrado su correspondencia.

Pero Johann había oído la confesión de Bárbara.

—¡Qué mujer!—murmuró con cierta especie de admiración, mientras que Falcone le acercaba al bufete;—¡qué bruja!... Y si no ved si se observa la más mínima huella de su paso! ¡Ay! amigo, ¡cuánto la echaré de menos!

Delante del bufete había un gran sillón de cuero en forma de garita que giraba á voluntad, y cuyas paredes laterales montadas sobre goznes eran susceptibles de ser abiertas á fin de que el jefe

de policía tuviese fresco cuando estaba solo y hacía calor.

Al abrirse era de ver el cuidado é inteligencia que habían presidido á la confección de esta silla monumental.

Cada una de estas paredes, bien forrada, rehenchida y blanda, presentaba bajo su colcha una caja fuerte cuya cerradura sobresalía hacia dentro.

Lo que el señor Johann Spurzeim encerraba en sus cajas, nadie lo sabía, ni aun la misma Bárbara, á pesar de sus buenos deseos.

El sillón no se movía sino por medio de sus ruedas.

Cuatro hombres vigorosos no hubieran podido levantarlo.

Johann Spurzeim exhaló un suspiro de alivio, cuando el médico le hubo instalado cómodamente en su asiento.

—Estoy un poco cansado—dijo,—pero después de la correría que acabamos de hacer, nada tiene de extraño... Dadme mis cartas, doctor, y acercad la lámpara... No podéis figuraros cuánto me alegra volver á ver todo lo que aquí me rodea: mis papeles, mis libros, viejos compañeros míos!

Mientras estaba hablando, el doctor hizo lo que Johann le había mandado.

—¿Veis, amigo? Según confesión propia, estas tres cartas han sido abiertas—exclamó.—¡Pues bien! en vano busco en el sello las más mínima señal de la operación!... ¡Las han abierto con una delicadeza incomparable!... No se hallaría una mujer igual en toda Italia, en toda Europa, en el Universo entero!... Para esto no hay como Bárbara, mi querida compañera.

Y examinó las cartas, una después de otra.

Falcone notó que sus manos temblaban.

Desde que había acercado la lámpara, la luz de

ésta penetraba oblicuamente en aquella especie de confesonario.

Distinguíase en el rostro de Johann una agitación singular. Este echó de ver la sorpresa del doctor.

—Amigo—le dijo,—nunca sabréis más que lo que yo querré que sepáis, estad bien persuadido de esto... Seréis mi confidente, eso sí... pero sólo de lo que yo quiera... Creedme, no tratéis nunca de sorprenderme, porque os costaría caro...

—Señor—repuso Falcone,—un consejo requiere otro. Estoy dispuesto á hacer todo lo que me mandaréis dócilmente y con celo; pero no os toméis la molestia de dirigirme amenazas, porque tengo mal genio y eso nos traería desazones.

—¡Diablo!—refunfuñó Spurzeim;—tratamos de potencia á potencia, amigo Pietro María Bertuzzi!...

—¿Eso os disgusta, señor David Heimer?—dijo lentamente el doctor.

Al oír este nombre Johann se estremeció ligeramente.

Su boca estuvo un momento abierta.

Luego se puso á sonreír dulcemente y repitió:

—¡Diablo! ¡Diablo!... ¡Estamos más adelantados de lo que parece!... ¡Está bien, Falcone, muy bien!... Cuidaremos de no agraviaros. Veo que los dos vamos á formar una pareja de amigos íntimos... Hacedme el favor de volver un poco el sillón, compañero mío; no porque desee ocultarme de vos, sino porque quizá tendré esta noche que recibir otras visitas.

Falcone movió el sillón, y la pesada máquina giró sobre sus ruedas.

—¡Basta!—dijo Spurzeim

En esta situación la luz de la lámpara no penetraba en el confesonario.

—Falcone—repuso Spurzeim,—¿hace mucho tiempo que sabéis el nombre que acabáis de pronunciar?

—Hace tres años, señor—repuso el médico.

—¡Perfectamente! Dadme el gusto de colocar una silla de manera que la persona que se sienta en ella se halle colocada en plena luz... Así, así... Ahora dejadme Falcone.

—¿Su señoría no necesita más de mí?

—Sí por cierto... quiero encargaros una comisión de la más alta importancia. Pero antes, Falcone, hacedme el favor de descorrer el cerrojo de esa puerta y descolgar la cortina que está delante de la mampara, colocándola entre esa silla y este sillón...

El doctor ejecutó exactamente lo mandado.

—Veamos—dijo Spurzeim dirigiéndose á sí mismo,—¿no olvidamos nada?... Cuando os habréis ido, estaré solo, quedando como prisionero en este sillón...

—Si queréis me quedaré—dijo el médico.

—No, no hay necesidad; además de que tenéis que hacer en otra parte.

Falcone guardó silencio.

—¿Queréis darme un pliego de papel blanco y un lápiz?—le dijo el señor Johann.

Y cruzando sus piernas una sobre otra se puso á dibujar rápidamente.

Parecía que delineaba un plano.

—Amigo Falcone—le dijo sin dejar de trabajar,—vamos á estudiar un poco de topografía... De mi casa sólo conocéis el salón, el comedor, mi aposento-dormitorio y este gabinete... Para esta noche necesitáis saber lo demás... Es una casa en la que es fácil extraviarse en el laberinto de sus galerías y corredores... con tanto más motivo cuanto que no tenéis linterna.

Hizo un último trazo y añadió:

—He aquí el hilo que os conducirá en medio de este laberinto... vamos á estudiar juntos; acercaos.

Falcone obedeció. Spurzeim le presentó su plano en el cual cada compartimiento lineal estaba apuntado y señalado con un número.

—¿Veis, amigo?—repuso.—Partimos de A, que es nuestro aposento dormitorio... se me figura que encontraréis fácilmente mi cuarto de dormir?

—Sí, señor, fácilmente.

—Muy bien... A la derecha de mi cama hay una puerta B que da al corredor B C, al fin del cual está la estancia de la que fué mi querida compañera. ¡Pobre Bárbara! Mucho la echaré de menos. Allí tomáis la puerta D y subís la escalera secreta que conduce al segundo piso. Toda esta parte del plano que nos queda que recorrer está en el segundo piso... ¿Comprendéis?

—Perfectamente, señor.

—Tomaréis el corredor F F que guía al salón particular de la señora Spurzeim, el cual está situado precisamente sobre la habitación en que estamos, á la distancia de dos pisos. En el salón, he aquí la puerta G, la cual deberéis tomar. H I G son tres aposentos inhabitados que sirven para huéspedes; atravesadlos, pero el tercero de puntillas, porque está inmediato á la habitación L, que ocupa Bárbara, mi querida esposa, en cuya habitación penetraréis por la puerta K...

—Y ¿por qué he de entrar á esta hora de la noche en el aposento de la señora Bárbara Spurzeim, señor?

—En el momento en que os halléis juntos...—murmuró Johann guiñando el ojo y riendo.—Pero hablemos formalmente—se interrumpió;—¿no os

parece que la echaré de menos?... ¡Estoy cierto de ello!

Y presentó una llave al doctor.

—Esto no me instruye...—empezó Pedro Falcone,

—Bárbara—le interrumpió otra vez Spurzeim,—debe estar ahora dormida... Sobre su mesa de noche tiene siempre una cajita que contiene pastillas para la tos... La comisión de que os encargo, mi buen amigo, consiste únicamente en tomar esa cajita, la cual reemplazaréis por esta otra.

Así diciendo le presentó una cajita de oro cincelada.

El primer movimiento de Falcone fué rechazarla.

—Ved—continuó Spurzeim sin hacer caso de esta repugnancia,—cómo esta caja es enteramente parecida á la de mi pobre Bárbara.

—¿Qué hay ahí dentro?—preguntó el doctor completamente pálido.

—¿Por qué deteneros en esos detalles incómodos?—dijo lentamente Johann Spurzeim.

—¡Veneno!—murmuró Falcone.

Spurzeim abrió la cajita.

—Pastillas—respondió con espantosa calma.

—Pero...—dijo Falcone,—¿si vuestra esposa des-pertase?

Johann contestó:

—Podéis escusaros en vuestro amor... Me habéis robado la llave... subido poco á poco... En fin, todo lo que la galantería puede inspirar en semejante caso... Pero cambiaréis la caja del mismo modo.

Falcone tomó la caja

Spurzeim exhaló un gran suspiro y repitió otra vez:

—Ya sé que la echaré de menos

Falcone dijo:

—Señor, existe un pacto entre nosotros... ¡Ay del que lo quebrantase!

Y se dirigió hacia la puerta. Desde el fondo de su cueva Johann le seguía con la mirada

—¡Hasta luego!—le dijo.

—¡Hasta luego!—respondió Falcone, que se alejó sin añadir nada más.

Spurzeim prorrumpió en una risita seca y entrecortada.

—¡Les enterraré á todos!—murmuró;—¡á todos! ¡Estoy flaco... pero aquí dentro hay vida!

En este momento la puerta por donde salió Falcone se cerró de golpe, siendo ya imposible abrirla por fuera.

Parece que la presencia del doctor le estorbaba para abrir aquellas tres misteriosas cartas, porque apenas estuvo fuera las examinó cuidadosamente y rompió el sello de la primera.

«Para hacerme digno de la confianza—decía en clave—que Su Excelencia ha depositado en mí, me he puesto á trabajar. Ya tengo la pista. Siento á mi alrededor los hilos de esta trama misteriosa y culpable, y estoy seguro de cogerlos.

»Maañana tendré el honor de ilustrar mejor á Su Excelencia, del cual me declaro con respeto, etcétera».

Esta carta estaba escrita desde la antevíspera; por consiguiente, hacía dos días que Johann debería haberla recibido.

La firma consistía en una cruz y el número 133.

—En esta no hay gran cosa—dijo Johann;—investiga, espera encontrar, es lo corriente... Ni una palabra de los niños... Veamos las otras.

La segunda decía:

«Desde ayer he trabajado mucho. Soy novel en el oficio de espía y de mucha edad para aprender; pero el objeto que llevo me anima.

»Es necesario que los hijos de mi señor tengan pan.

»He sabido muchas cosas que creo os parecerán importantes. Esta tarde iré á contároslas».

—¡Esta tarde!—se interrumpió Johann;—veamos la fecha.

En su acento se notaba viva inquietud.

«Os ruego encarecidamente—continuaba la carta,—que me hagáis introducir en vuestra presencia; ayer llamé en vano á vuestra puerta secreta».

—¡Vino ya anteayer!—volvió á interrumpirse Johann Spurzeim.

¿ hizo un gesto de violento disgusto

La carta acababa así:

«Tengo absoluta necesidad de ver á Su Excelencia, ó á cualquier otro miembro del gobierno del rey á quien pueda declarar lo que he descubierto.

»Beso las manos de Su Excelencia».

Y por firma otra cruz y el número 133.

—¡O á cualquier otro miembro del gobierno del rey!—repitió el director con voz alterada.

Tanto temblaba su mano al abrir la tercera carta, que rompió el sello con dificultad.

De una ojeada ávida la recorrió de cabo á rabo.

Su fecha databa de la mañana del día presente.

Decía así:

«Otra vez he encontrado cerrada la puerta de Su Excelencia.

»Antes de dirigirme á otra persona quiero aguardar hasta esta noche.

»Pasada la noche, pienso dirigirme directamente al ministro de Estado ó al rey en persona».

Los dientes de Johann Spurzeim rechinaron fuertemente en el fondo de su garita, porque acababa de leer la frase siguiente:

«A las diez en punto llamaré á la puertecita de vuestro gabinete».

Una blasfemia se escapó de la boca de Johann.

—¡Ha venido — murmuró, — á las diez!... Ahora son las once y media... Quizá en este momento está con el ministro de Estado ó con el rey.

—¡Estoy perdido! — acabó.

Johann estrujó la carta con rabia entre sus manos; pero serenándose luego, volvió á extenderla sobre sus rodillas para acabar su lectura.

«Dos motivos me mueven para obrar así — proseguía su corresponsal misterioso; — primero porque sé demasiado para guardar silencio por más tiempo, y en segundo lugar, porque estoy en una terrible necesidad; los dos hijos de mi señor tienen hambre».

Aquí una cruz como las otras dos cartas y el número 133.

Johann iba á romper el papel con furia, cuando distinguió encima de la cruz, en el extremo de un ángulo de la carta, las cuatro letras mayúsculas que invitan á volver la hoja.

Volvióla y Johann leyó:

«Si Su Excelencia no puede recibirme á las diez, iré por última vez á las once y media, pues he sabido que el ministro de Estado y el rey pasarán toda la noche en el palacio Doria-Doria».

Johann Spurzeim exhaló un largo suspiro de satisfacción al fijar su mirada en el reloj, el cual señalaba en aquel momento las once y media.

Al propio tiempo llamaron tímida y discretamente en la puerta de la que, por orden de Johann, había descerrado el cerrojo el doctor Falcone.

VI

El número 133

El primer movimiento de Johann fué registrar precipitadamente su seno, en el cual su mano encontró una llave suspendida de un cordoncito de seda.

Sus ojos brillaron.

Sin duda que era todo lo que necesitaba, porque en seguida dijo con voz firme:

—¡Entrad!

Abrióse la puerta, dejando ver un largo y obscuro pasadizo, al extremo del cual se distinguía un reverbero lejano.

La persona que entró parecía un anciano. Sin embargo, mirándole bien era fácil adivinar que su torso se había encorvado más por la fatiga y el pesar que por los años. Sus ojos tímidos y bondadosos guardaban cierto brillo bajo la espesura de sus canosas cejas, y sus cabellos casi blancos guarnecían una frente desprovista de arrugas.

Su vestido consistía en un traje completo de aldeano de Sicilia que revelaba largos servicios. Era limpio, pero usado hasta la hilaza y dispuesto á caer pronto á pedazos.

Tenía en la mano su sombrero en ademán de pedir perdón.

En este hombre todo anunciaba esperanzas perdidas, privaciones y sufrimientos.

El recién llegado se detuvo en medio del apomiento, y preguntó:

—¿El señor Johann Spurzeim?

Una voz entrecortada le contestó:

—Acercaos á la mesa.

¿De dónde salía esta voz? El recién venido trataba en vano de adivinarlo.

Johann repitió con impaciencia:

—Acercaos á la mesa.

Y como al hablarle se hubiese movido en las paredes de su nicho, el pobre hombre comprendió que allí dentro había alguien.

El recién llegado se acercó completamente encorvado hacia delante.

Johann le dijo con dureza:

—Sentaos cerca de la lámpara.

—Señor...—murmuró el pobre hombre.

—Sentaos—repitió Johann imperiosamente:—me gusta ver claro en el rostro de aquellos á quienes pregunto.

El pobre hombre pudo pensar que el señor Johann Spurzeim no quería ser visto.

En efecto, habiendo dirigido su mirada tímida hacia la garita, no vió más que un agujero sombrío en el fondo del cual se agitaba una forma difícil de distinguir.

Sentóse y colocó su sombrero entre las piernas.

La desgracia en todos los países tiene los mismos ademanes.

Diríase que se encoge todo lo que puede para ocupar el menor lugar posible.

—¡Levantad la cabeza!—le mandó Johann,—¡mirad hacia mí.

El pobre hombre obedeció. Los rayos de la lám-

para caían á plomo sobre su cráneo, en el que blanqueaban raros cabellos.

En el fondo de la garita Johann Spurzeim le devoraba con los ojos.

¿Le conocía acaso y esta vista despertaba en él algún recuerdo lejano? Ello es que se decía á sí mismo:

—¡Es él!... ¡es él!... ¿habré envejecido yo tanto como ese?

A esta pregunta el señor Johann Spurzeim se respondió con una negativa.

—¿Sois vos el número 133?—preguntó brusca-mente y en voz alta.

—Yo soy, señor—contestó el pobre hombre.

—¿Me habéis escrito tres cartas una después de otra?

—Sí, señor.

—¿Qué os movió á entrar en la policía?

—La necesidad.

—¿Habéis sido espía en alguna otra parte?

La cabeza del agente número 133 se irguió con fiereza, pero dejándola caer luego sobre el pecho, respondió simple y dulcemente:

—No, señor; nunca.

—Amigo, sois muy viejo—murmuró Johann en su agujero,—para empezar vuestro aprendizaje.

—Señor—replicó el número 133,—si no se tratase más que de mi persona, primero me hubiera muerto antes de empezar; pero tengo dos niños...

—No me comprendéis—interrumpió el director de policía;—¿qué me importan vuestros dos hijos y aun vos mismo?... quiero decir que á vuestra edad no se posee esa finura, esa actividad...

—Si Su Excelencia se digna oír mi relación—interrumpió á su vez el pobre hombre,—tal vez mudará de parecer. No pretendo ser muy hábil, pero amistades antiguas... y la casualidad me han

puesto en disposición de hacer algunas revelaciones importantes.

—A lo menos no os falta buena opinión de vos mismo—dijo Johann sonriendo.—Vamos á ver vuestros negocios.

El número 133 sacó de su bolsillo una cartera muy usada y la abrió.

—Señor—empezó,—á la hora en que os estoy hablando, un hombre que recorrió en otro tiempo la Sicilia y las Calabrias bajo el nombre de caballero de Athol, y que sirve ó manda hoy á los caballeros del Silencio, anda en derredor de Castello-Vecchio para libertar al preso que debe ser ejecutado mañana...

—¡Pasa de largo!—dijo desdeñosamente Johann;—el último de mis agentes sabe dónde prender á Baldemonio, y á Fiamma, su querida.

—Perdonad, señor, yo creía...

—En tus cartas, cuyo estilo apenas sería disimulable en un niño, hablas del ministro de Estado y del rey... Te prevengo que todos los que han tratado de dirigirse directamente á uno ú otro han acabado mal.

—¿Me es permitido preguntaros, por qué, señor?

—Porque no me gusta—respondió Johann secamente.

—Señor... yo ignoraba...

—Adelante y despacha.

—Cuando os escribí por primera vez, señor, tenía mi plan. No ignoraba que S. M. el rey Fernando, el príncipe Francisco y vos por consiguiente, estabais muy preocupados por esa asociación tenebrosa y terrible.

—Nada de misterios, amigo, al grano.

—Y que así como se busca á los Compañeros del Silencio para castigarlos, el rey ha mandado investigar el paradero de la viuda y los hijos de

Mario Monteleone para devolverles sus títulos y sus bienes.

—¿Y cuentas ganar tu dinero espionando al rey, amigo?

—Dejadme acabar, señor—repuso el número 133 con acento sumiso pero firme;—cuento ganar mi dinero sirviendo al rey en sus deseos y su voluntad... Vos no me asustáis, porque sé que bajo vuestra rudeza existe una alta equidad, así como una grande adhesión á nuestros príncipes... ¿Queréis que os hable de la viuda é hijos de Mario, conde Monteleone?

Johann no respondió en seguida conociendo que su emoción se revelaría en su voz.

En estos momentos la garita le prestaba grandes servicios.

Sin la garita, el número 133 hubiese visto conmoverse su rostro enflaquecido, y brillar un rayo en sus ojos.

—Habla—dijo en fin Spurzeim afectando indiferencia.

—Los dos hijos de Mario Monteleone no han recibido la menor señal de interés de esos pretendidos vengadores de su padre, los Compañeros del Silencio.

—¿Desde cuándo no están en Sicilia?

—¡Su Excelencia sabe de todo más que yo!

—Mi Excelencia sabe que existían en Sicilia dos jóvenes hermanos, varón y hembra, educados y sostenidos por un quídam llamado Manuel Giudicelli... Ese Manuel ha dado pasos en la corte para reclamar una herencia; pero como no poseía títulos, todo ha sido en vano. ¿Tienes tú alguna familiaridad con ese Manuel Giudicelli?

—No—respondió el agente sin titubear.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es eso todo lo que tenías que revelarme?

—¡No lo permita Dios, señor!—exclamó el número 133,—porque me parecería no haber ganado hasta el presente mi salario... y yo tengo necesidad de un salario... á cualquier precio.

—Habla pues... pero antes dime si esos dos jóvenes de quienes hace poco hablábamos se hallan al presente en Nápoles.

—Sí, señor.

—¡Adelante!... y no perdamos más tiempo.

El número 133 pareció recogerse un instante; luego repuso:

—Si el gobierno del rey puede negar la identidad del hijo é hija de Mario Monteleone porque no llevan su partida de bautismo, supongo que no sucederá lo mismo con la viuda del noble conde.

—¿Sabrías dónde vive?—exclamó Johann con una vivacidad de la que muy luego se arrepintió, por cuyo motivo se apresuró á añadir:

—¡Pero si van ya veinte veces que los impos- tores nos hablan de ella!

—Yo no soy un impostor—dijo sencillamente el número 133.

—Y ¿qué quieres decirme de la viuda de Monteleone?

—Que se halla en Nápoles.

El agente oyó que Spurzeim brincaba en su asiento.

—¿Estás seguro?—le preguntó éste.

—Segurísimo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo que la he visto.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿En los alrededores del ministerio de Estado?

—No, en la puerta.

Johann puso su dedo en la frente entre sus dos cejas, y permaneció un rato pensativo.

—¡Pobre Bárbara!—pensaba;—yo no tengo la culpa, pero á estas horas mi cajita de pastillas debe hallarse ya colocada sobre su mesa de noche.

Como si la casualidad hubiese querido responder á esa duda, llamaron ligeramente á la puerta interior del gabinete, la cual se cerraba de golpe por dentro.

—No había duda que era Pedro Falcone que volvía.

—¿Qué hay de nuevo, amigo?—preguntó Johann desde su asiento.

Y añadió por precaución:

—No estoy solo.

—Vuestra comisión ya está desempeñada, señor—respondió Falcone.

—Bien, muy bien, amigo. Id á esperarme á mi dormitorio; en seguida estoy allí.

Oyóse al doctor que volvía á subir la escalera.

—Lo que me dices debe ser verdad, camarada—repuso Spurzeim dirigiéndose al agente;—pero veo que no eres afortunado, porque antes que tú me lo había dicho otro.

—Este otro ¿os ha dicho también de dónde viene la condesa de Monteleone, señor?

—¡No!—exclamó Spurzeim con viveza;—confieso que ésta sí que será para mí una novedad.

—Espero decir á Su Excelencia cosas aun más importantes—repuso el agente número 133;—María de los Amalfi viene de Francia.

—¿Ha estado allí mucho tiempo?

—Desde el día del mes de Noviembre último en que se celebró el aniversario de Monteleone en la basílica del Corpo-Santo.

—En aquella noche fué robada.

—Y embarcada al otro día.

—Este viaje á Francia ¿tenia algún objeto?

—Un gran fin... Hay en Marsella un práctico célebre, el doctor Daniel Bach, discípulo y compatriota del célebre Samuel Hahnemann que acaba de crear una ciencia nueva... Daniel Bach, como su maestro, posee armas conocidas para combatir esos azotes enemigos del hombre, la enfermedad, la locura, la muerte...

—¡Alto!—exclamó Johann, el cual se agitaba en su garita.

—Toma una pluma y papel de mi bufete—añadió;—y este médico ¿ha hecho buenas curas?

—Ha curado á la condesa de Monteleone de su locura.

Johann dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Si el número 133 hubiese podido verle en este momento, seguramente que no habría podido definir la expresión de su fisonomía.

Había en ella algo de placer y de embarazo al mismo tiempo.

—Ya tengo la pluma y el papel, señor—dijo el agente.

—Escríbeme de un modo claro, y sobre todo exacto, el nombre y dirección de ese médico de Marsella, porque conozco quién está muy enfermo, aunque no amenazado de muerte.

El agente escribió:

«El doctor Daniel Bach, calle de Chartreux, número 4».

Johann no le preguntó cómo sabía esta dirección: sólo le dijo:

—Amigo, tan sólo por esta noticia te soy deudor, y te prometo que serás recompensado. Continúa.

—Ya he dicho todo lo que sé sobre el particular, señor.

—¡Cómo!—exclamó Johann,—¿ignoras el nombre del que hizo embarcar á la condesa María para Francia?

—Lo ignoro.

—¿Y el del que la ha hecho regresar?

—El capitán del *Pausilippe*.

—¿Por cuenta de quién?

—En vano lo he preguntado, señor... no me lo han querido decir.

—Mañana interrogaré al capitán.

—Ha partido esta tarde.

—María de los Amalfi ¿estaba sola á bordo?

—Sola con una camarera... ó más bien con una señorita de compañía.

—¿La has visto tú á ésta?

—Sí, señor.

—¿Sus señas?

—Joven, viva, despejada, risueña, morena, muy bonita.

—¿Ninguna seña particular?

—Ojeras como las que suelen tener las gitanas... las cejas demasiado pronunciadas... ligero bozo en el labio superior.

Johann reflexionaba.

—Das muy bien las señas, camarada—le dijo:—y ¿no fué nadie á recibirlas al muelle?

—Sí, por cierto, señor.

—¿Un hombre?

—Un joven.

—¿Le has conocido?

—No, señor... y he hecho vanos esfuerzos para conocerle.

—¿Hace mucho tiempo que están en Nápoles?

—Ocho días.

—Entonces es extraño que no conozcas a aquel de quien hablas.

—¿Le conocéis vos, señor?—preguntó el agente cuyos ojos expresaron la más viva curiosidad.

—Quizá, camarada... ¿cuál era su porte?

—Alto, elegante, altivo, y tan hermoso que no he visto otro igual.

—Las gentes del pueblo que estaban allí ¿participaban de tu ignorancia?

—Al contrario, señor... cuando les he preguntado por su nombre, se me han reído en las barbas.

—Y ¿cómo le designaban ellos?

—Le llamaban el príncipe.

Johann sonrió tras el refugio de su garita.

—Amigo—le dijo,—me parece conocer á nuestro hombre. Pero te aconsejo que midas tus palabras, porque me estás ocultando alguna cosa.

—Os engañáis, señor.

—Según el interés que te inspira la condesa de Monteleone, interés que he conocido, es imposible, ¿me entiendes bien? imposible que no hayas hecho algún esfuerzo para seguir al misterioso caballero.

Desde algunos minutos la voz del jefe de policía se obscurecía más y más. De tiempo en tiempo se dejaba oír en su confesonario pequeños golpes de una tos seca y corta. Hacía una hora que este hombre, á quien se hubiera considerado incapaz de rezar un *Ave María* hasta el fin, razonaba y hablaba sin descansar.

A pesar de la fortaleza extraordinaria de su naturaleza moral, la debilidad le dominaba.

—Señor—le respondió con todo, el agente,—lo habéis en verdad adivinado. En efecto, he procurado seguir al que llamaban el príncipe, y á pesar de la rapidez de su magnífico tronco, hubiera conseguido no perderle de vista, si no hu-

biera acontecido algo en el camino, que iba ahora á contar á Su Excelencia. He encontrado á un antiguo amigo que está empleado en el ministerio de Estado. En este ministerio no se ocupan más que en una cosa.

—¿En qué cosa, camarada?—preguntó Johann negligentemente.

—En reunir las piezas de un proceso que se trata de formar á un hombre poderoso que desempeña funciones muy elevadas... y de quien se sospecha que ha hecho traición á la confianza del gobierno y del rey.

Las paredes del confesonario se removieron; evidentemente Johann debió estremecerse con violencia.